

	PTS.
Suscripción trimestral	
España	1.50
Extranjero y Ultramar	
Numero corriente	0.10
Idem atrasado	0.20
Anuncios y comunicaciones á precios convencionales.	
Pago anticipado	

EL APOSTOLADO MANCHEGO

PERIÓDICO CATÓLICO

SE PUBLICA LOS MIERCOLES

INTENCIÓN GENERAL

PARA EL MES DE OCTUBRE DE 1894

(Benedicida por el Papa)

EL CULTO DE LOS SANTOS ANGELES

I.

En el cuarto libro de los Reyes leemos una prueba maravillosa de la intervención de los ejércitos angélicos en favor de la virtud perseguida.

Benadad, rey de Siria, trata de coger en una emboscada al rey de Israel y su gente. Mas el Profeta Eliseo avisa al rey de Israel que burla las asechanzas de Benadad. Entonces éste exclama dirigiéndose á los suyos:

«¿Por qué no me descubris quién es el que me hace traición para con el rey de Israel?»

A lo que uno de sus servidores respondió: «No es nada de eso, oh rey y señor; sino que el Profeta Eliseo que está en Israel manifiesta al rey de Israel todo cuanto secreto hablas en lo más retirado de tu aposento.

»Dijo él entonces: El y averigüad donde se halla, para enviar yo á prenderle. Diéronle luego aviso que estaba en Dotan. Con esta noticia destacó allá caballos y carros de guerra y las mejores tropas de su ejército; las cuales, llegando de noche cercaron la ciudad.

»Y al apuntar el día, habiéndose levantado el criado del varon de Dios, y salido fuera, vió al ejército alrededor de la ciudad con los caballos y carros y fué á dar aviso á su amo diciendo: «¡Ay! ¡ay! Señor mio, ¡ay! ¿qué es lo que haremos?»

»Mas él respondió: «No tienes que temer, porque tenemos mucha mas gente nosotros que ellos.»

»Y Eliseo, despues de haber hecho oracion, dijo: Señor, ábrele los ojos á éste para que vea» y abrió el Señor los ojos al criado y miró, y vió el monte lleno de caballos y carros de fuego que rodeaban á Eliseo.

»En esto se acercaban hacia él los enemigos; y Eliseo hizo oracion al Señor diciendo: «Ciega te suplico, á esta gente.» Y el Señor los cegó ó deslumbró para que no viesen, conforme lo habia pedido Eliseo. (1).

Tambien nosotros debemos suplicar al Señor diciendo: Abre, Señor, los ojos de nuestro espíritu, los ojos de nuestra fé, para que veamos las maravillas de que nos rodeas con providencia amorosa, para que nos confirmemos cada vez con mas viva creencia en los celestiales influjos de ese mundo supra sensible á que no llegan nuestros ojos de carne y en donde moran los ángeles para nuestra guarda y defensa.

De la narracion citada, el gran San Ambrosio, en sus sermones sobre Eli-

seo, deduce muy sólida y consoladora doctrina nunca más necesaria que en épocas de descreimiento como la presente.

«Admirable suceso! — dice — Mucho mas numerosos defensores enviados del cielo merece la santidad, que enemigos tenia la maldad en la tierra... si bien, ¿qué de admirar es que merezca ser auxiliado de lo alto el que tiene su alma siempre elevada á los cielos, según aquello del Apóstol: «Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo...? ¿Dónde están los que dicen que las armas de los hombres pueden mas que las oraciones de los santos: *Ubi sunt qui dicunt plus quam precibus sanctorum, hominum arma posse?* He ahí que una sola oracion de Eliseo hirió y derrotó á todo un ejército.»

Donde como se ve, el santo Doctor pone como base del favor de los ángeles, la santidad, y como medio para obtenerlo, la oracion. Tendrán, pues, que renunciar á los auxilios de los celestiales espíritus los pecadores? ¿no podrán contar con los ángeles los que no saben elevar su espíritu en alas de fervorosas oraciones? De ningún modo: antes en los pecadores, en los olvidadizos ó ingratos suele en ciertos casos resplandecer mas la bondadosa intervención de esos mensajeros de paz; como suele tambien resplandecer la misericordia y la infinita paciencia del Señor de los ángeles.

Debemos en efecto creer con la Iglesia y la constante tradicion de sus Padres y Doctores, la existencia de espíritus bienaventurados que velan en defensa de cada uno de los hombres y de cada una de las agrupaciones, llámense imperios, reinos ó iglesias.

Basta recordar, al efecto, las palabras de la Eterna verdad, Jesucristo, cuando exhortaba al respeto á la inocencia de los niños y juntamente al respeto á los ángeles:

«Mirad que no despreciéis á ninguno de estos pequeñitos; porque os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial» (1). Y siglos antes David habia dicho: «El mandó á sus ángeles que cuidasen de tí, los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres.»

Gravísimo es tambien el testimonio de San Jerónimo: «Grande es la dignidad de las almas porque cada una tiene desde su nacimiento un ángel destinado á su custodia.» En el sagrado libro de David se habla del Ángel custodio de los persas y del de los griegos; y sabemos además el culto que la Iglesia tributa al Jefe de las celestiales milicias, San Miguel, como Patron de toda la Iglesia católica, y el que manda tributar á los ángeles custodios de los respectivos reinos de la cristian-

dad. Nos consta por último por las historias eclesiásticas y vidas de Santos y varones señalados en virtud, la devocion que tuvieron á estos celestiales espíritus, así como la familiaridad y amor con que los ángeles se dignan conversar con los hombres y aun agasajarles y servirles. Todo lo cual nos debe mover á renovarnos en esta devocion á los ángeles tan excelente y provechosa por su objeto, tan propia de corazones agradecidos y tan practicable por nuestros mayores.

II

Sea que consideremos á los santos ángeles según los dones de naturaleza ó según los dones de gracia, es indisputable la ventaja que nos llevan y por ende el acatamiento y reverencia que se merecen. Nada en ellos da este pegajoso lodo en que está encarcelada nuestra alma; nada de esas tinieblas de ignorancias ó errores ó dudas, que son triste patrimonio de la inteligencia humana; nada de esa volubilidad de la voluntad nuestra ni de ese tejido de debilidades y deficiencias que constituyen nuestro complejo ser. Los santos ángeles, participando por modo inefable de la inmutabilidad de Dios, son todo espíritu, todo inteligencia, todo amor. La sabiduria del menor de los ángeles aprehataria en éxtasis de admiracion á todos los sábios que ha tenido ó ha de tener el mundo; y su poder, bajo el solo imperio de su voluntad y permitiéndolo Dios, bastaria á perchar la naturaleza toda: si un solo ángel mató ciento ochenta y cinco mil asirios del campamento de Senaquerib en una sola noche, cierto que no sería menester que desplegasen todas sus fuerzas las celestiales milicias para acabar en un instante con todo el género humano.

Su presencia, según su querer, casi simultánea en todos los espacios, les hace como participantes por especial manera de la inmensidad de Dios; y así vemos como en un instante lleva un ángel al Profeta Habacuc de Judea á Babilonia y de Babilonia á Judea, y otro arrebató á San Felipe desde el camino de Gaza á la ciudad de Azoto.

De los dones de gracia y de los privilegios sobrenaturales con que están enriquecidos, ¿qué diremos? Dejamos aparte á Cristo Nuestro Señor, cuya naturaleza humana *penetris omnibus tam gratiae quam naturae donis*, considerados todos sus dones tanto naturales como de gracia, es sin comparacion más perfecta que toda la naturaleza angélica, como se puede ver en el monumental tratado *De Angelis*, del P. Suarez, que cita en su favor á San Agustin (1). No incluimos tampoco á la B. Virgen María que lleva infinitas ventajas á todas las jerarquías del Empíreo; y prescindimos de lo que el

Cardenal Belarmino, citando al Crisóstomo, dice respecto al ardor de caridad en que quizás aventajen á los mismos Serafines los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo (1). Más comprendiendo todo el conjunto de naturaleza y gracia; y, por decirlo así, la historia toda de los celestiales espíritus, no puede negarse que llevan indisputable ventaja á los demás hombres, por haber recibido las primicias de la misericordia divina en orden á una instantánea lucha y á una fidelidad eterna, y porque destinados á formar la espléndida corte del Dios de la majestad desde los albores de la creacion, era preciso que fuesen enriquecidos con inagotable largueza de los divinos tesoros. Y con tal predileccion lo fueron, que mientras los hombres generalmente arrastran años y años de miserable existencia hasta llegar al bienaventurado descanso de la gloria; y todo el género humano escogido, no logrará la bienaventuranza sino despues de luengos siglos de prueba; á todos los ángeles fieles les bastaron tres consecutivos instantes de los llamados angélicos para el complemento de su eterna dicha: el instante primero de la creacion y santificacion, el segundo de la meritoria cooperacion y el tercero de su glorificacion.

Refiéjanse en los celestiales espíritus de lleno los atributos divinos, y al elevarnos con la consideracion hacia ellos, despegamos en lo posible nuestra alma de la costra material que la adhiere á la tierra y le proporcionamos desde ahora la ventaja de entrar en comunicacion de ideas y de afectos con los que han de ser un día nuestros compañeros en la gloria.

«Conocemos estos celestiales espíritus por sus nombres y nos dan los Santos algun conocimiento de ellos por los sublimes empleos que tienen en la corte del cielo. Los Serafines tienen este nombre de los incendios del amor divino en que continuamente se abrasan. Los Querubines lo toman de la inmensa luz y esplendor de su sabiduria con que conocen á Dios. Los tronos de la inefable tranquilidad que gozan en la contemplacion del Señor. Las Dominaciones se llaman así porque como ministros administradores de Dios dominan y gobiernan todas las cosas de este mundo. Las Virtudes, porque obran los milagros y portentos maravillosos que suceden en la tierra. Las Potestades por el oficio de refrenar los demonios y quitarles el poder de hacer daño á los hombres. Los Principados son los que presiden y gobiernan los reinos particulares y provincias de la tierra. Los Arcángeles asisten á los Prelados de la santa Iglesia, oficio de que toman su nombre. Los Angeles, en fin, lo tienen del ofi-

(1) L. IV, Reg. c. VI.

(1) Matth. XVII.

(1) Suarez.—*De Angelis*, lib. I, cap. I.

(1) Bellarm.—*De Ascensione mentis in Deum*.